

Campsentelles, 11
2008

CENTRE D'ESTUDIS SANTFOSTENCS
AMICS DE CABANYES

Recuerdos de un seminarista de La Conreria (1950-1955)

**JUSTO HERNÁNDEZ
HERNÁNDEZ
(LYON, FRANCIA)**

Ens han arribat, via internet, uns escrits o memòries que relaten els records d'un antic alumne del Seminari Menor de La Conreria. Es tracta de Justo Hernández Hernández, resident a Lyon (França) des de fa prop de cinquanta anys i que va estudiar a La Conreria de 1950 a 1955. Justo, nascut a Alconchel, un poble d'Extremadura, el 1937, fill de Manuel i Fermina, va emigrar a Barcelona amb la seva família quan només tenia set anys. Es van instal·lar a Casa Antúnez (Can Tunis), una humil barriada de la Barcelona de postguerra. Després d'assistir a uns cursos d'Acció Catòlica, Justo va decidir entrar al Seminari Menor, amb 13 anys, d'on va sortir al cap de cinc anys, abandonada ja la idea de fer-se capellà.

Els relats que ara presentem no són més que una selecció d'un material molt més extens, els quals contenen també aspectes personals. Els episodis que seguidament publicuem corresponen als tres o quatre primers anys d'estada a La Conreria. Hem observat en aquests escrits un bon nivell literari i per això els publicuem en el castellà original, ja

que sinó perdrien molta de la seva intensitat i vivesa. Al proper número de Campsentelles farem una segona entrega del material seleccionat.

Són moltíssimes les persones de Sant Fost, Martorelles o Mollet que al llarg de 58 anys (1940-1998) van estudiar a La Conreria i per això hem cregut interessant publicar una part d'aquests textos. Les memòries o records de Justo reflecteixen tota una època del Seminari i a molts portaran nostàlgics records, especialment als que van estudiar-hi abans de les reformes introduïdes amb posterioritat al concili Vaticà II.

Recuerdos de un seminarista

He intentado muchas de veces dar por terminado esto que escribo: no consigo finalizarlo. Pero a través de mis notas he descubierto que he escrito mucho a cerca del “Seminario Menor” o “La Conrería”, de sus alumnos y profesores, y de los personajes que orbitaban alrededor de la institución conciliar. En Onofre, el señor Ventura, el enfermero limpiador de los dormitorios, las monjitas que nos hacían la comida...

Así pues, en cuanto tuve acceso a la red, me puse a buscar “Seminario” “Conrería” y con más suerte que experiencia, me encontré con *www.seminariconreria*. Y empecé a enviar retazos de mis vivencias en el “Conrer”.

Una gran parte de mi existencia gira alrededor de esos años de estudios, propósitos de enmienda, oraciones y sueños con música de coros celestiales, tanto durante los años que estuve entre los seminaristas, como después de mi marcha de la Conrería.

Sin embargo, mi existencia no consiste solamente en mi estancia entre los “llamados”: mi vida está ligada a la de mi familia, al pueblo de Alconchel en Extremadura donde nací, a Barcelona donde me crié y por último a Lyon en Francia, donde vivo y sigo recordando pensando, escribiendo...

Esta es la historia de un seminarista; está cuajada de tropiezos. Me es imposible quitar todo lo que no es conveniente. Pero lo intentaré. Para que me lean unos cuantos compañeros, antiguos condiscípulos, mis más



*Justo Hernández vestit amb la bata que portaven a diari els seminaristes.
(Col·lecció Justo Hernández)*

allegados y para D. Pedro González Candanero, presbítero, el superior más querido, el que me enseñó a sentir, a vivir en mis letras, reservo las mejores de estas páginas.

La entrada en el Seminario de la Conrería

Seminario Menor Diocesano de Barcelona: 20 de septiembre de 1950

Apreciados Manuel y Fermina Hernández: Apreciados en nuestro Señor: El motivo de escribirles esta carta urgente es para precisar, si hubiera lugar, que el alumno Justo, vuestro hijo, es esperado en este Seminario Menor de Tiana, el día 25 del corriente, y que su incorporación deberá efectuarse a las 14 horas. Le adjuntamos la lista de pertenencias que

debe traer. La dirección donde podrá recoger y depositar las mudas, que semanalmente necesitará la encontrará en dicha lista.

Firmado: Vuestro humilde servidor Rector Seminario Menor Conciliar Dr. Altés.

La Sra. Fermina está en la única habitación de la barraca, compungida y llorosa, hace maquinalmente la maleta para su hijo Justo que se marcha mañana al Seminario. En un rincón de la mesa camilla, con la cabeza en las nubes, y los pies en el barrote de la silla, Justo, está pensando en el día de mañana. Se levantará, se vestirá con las ropas nuevas que su madre le ha comprado con el dinero que los catequistas le dieron, cogerá la maleta de madera que su madre está ahora llenando de cosas, y se marchará camino de la Conrería. Una nueva vida se le va a abrir mañana. Estudiará para ser sacerdote; él, el vengo de la familia, el granuja rompe cristales. Va a intentar ser bueno, amigo del Señor, Y ¿por qué no? Va a intentar llegar a ser Papa.

Justo se ha marchado ya al Seminario Menor de Tiana. Eso está cerca de Casa Antúnez. Bueno todo es relativo: Casa Antúnez se encuentra cerca del mar, pero al sur oeste de Barcelona. Y la Conrería está al Norte de Barcelona, después de Montgat y pasado el pueblecito de Tiana. Hay que coger el tranvía 48 hasta la estación de Francia, allí un tren de cercanías que echa el ciento y más en llegar a Montgat. Desde Montgat a Tiana, un tranvía de vía estrecha que a menudo se sale de los rieles y los viajeros tienen que bajar a empujarlo a buen camino.

Después, montaña arriba, por una carreterita de mala fortuna, variando por empinadas cuestas hasta el seminario que está en la “Conrería”¹ y que los curas han dedicado a nuestra señora de Monte Alegre. Hasta allí, lo acompañó su madre, hasta allí se llevó sus cosas Justo en la única y sempiterna maleta de madera. Dejémoslo con sus maestros curas y sus misas cantadas, y apuremos las historias de los familiares y allegados. El que escribe, cree haber contado ya esta epopeya. Sobresalen algunos

(1) En catalán, lugar donde se guardan los aperos de labranza.



Vista d'un dels dormitoris del Seminari Menor. (Col·lecció Justo Hernández)

detalles y otros se le han olvidado. Lo que mejor recuerda es verse gateando, sudando y resbalando con sus zapatos nuevos en la arenilla de las viejas rocas, y tirando de la famosa maleta de madera de su padre. La maleta que sirvió a su abuelo Adolfo cuando fue a la guerra de Cuba, a Manuel cuando estuvo en el Rif, a Fermina cuando se reunió con su marido en el puerto de Santa María, a su hermano Manolo y, en general, a toda la familia cuando se desplazaban, fue también la de aquel viaje iniciativo de Justo al seminario. Pues bien: el santo adicto al cilicio venía cada tres meses una semana a la barraca, cuando no prefería quedarse con los curas para ayudarles en sus misas diarias.

La Conrería, Seminario Menor, a 27 de septiembre de 1950

Queridos padres y hermanos: Unas letritas para deciros que ya hemos empezado el curso. Somos 44 alumnos de Primero Humanidades.

Desayunamos a las 8 de la mañana, después de oír misa. Bollos, café con leche, Mermelada. Comemos a las 2 de la tarde de todo: filete de ternera, – no me gustan – huevos 1 por cabeza, y purés o unos cocidos de garbanzos sin tocino y con verduras revueltas. Está muy bueno. Otros días, ensalada de lechugas – sin agua – con un poco de aceite por encima, pero sin sal ni vinagre. Y detrás garbanzos, lentejas o monchetas con butifarra. Menos la carne, todo me gusta. Se come muy bien. Para cenar hay todas las noches una sopa y queso o chope. Y de postre frutos secos.

En mi dormitorio somos 24 alumnos Dormimos entre armario y armario, con las puertas de éstos abiertas. Nos divertimos mucho, gastándole al padre de guardia bromas: le tiramos bolindres que ruedan por debajo de las camas y él va corriendo de un lado para otro diciendo: ¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido?.

Se llama como yo y no le decimos Mosén, sino D. Justo. No sufráis pensando que os echo de menos. Bueno, sí un poco. Pero tenemos vacaciones cada tres meses y vosotros podéis venir a verme todos los domingos.

Yo rezo todos los días por vosotros. El otro Mosén que se ocupa de nosotros por la mañana se llama Mn. Campo y es muy bueno.

Muchos besos de vuestro hijo y hermano. Justo.

PS. Algunos de los menores han estado llorando estos dos días: sobre todo por la noche. Pero yo no. ¿Y Ajofito?² ¿Pregunta por mí? ¿Ha roto ya la espada de madera que le hice?

Primer amanecer. Son las siete en punto. Salvador, el seminarista que entró después de los primeros dos meses de curso y va saltando clases, se encarga también de tocar la campana: un repiqueteo de un minuto, una pausa, otro repiqueteo, otra pausa y repique final con campanadas largas. Es la hora de levantarse.

El dormitorio de los pequeños se transforma en un avispero con su bordoneo laborioso. Los nuevos cuchichean, empujan las puertas de los armarios que les sirven como de biombo procurándoles un poco de

(2) Justo emplea la lengua de trapo con que habla su hermano pequeño. Los chicos del barrio se burlan de él y le llaman Ajofrito.

intimidad, vuela alguna almohada, salen los primeros camino de los aseos arrastrando los zapatos deslazados. Mosén Campo entra por la puerta de la escalera dando palmadas:

– ¡Ave María Purísima! Niños, arriba. ¡En silencio a los lavabos!

– Sin Pecado concebida.

Le responden algunos entre borborismos. Los ruidos se van desplazando hacia los lavabos y ahora se oyen los caños salpicar, los cepillos de dientes restregar y el barboteo de los ruidosos chicos que se divierten.

Los ratones están en la Muntanyeta. Fricciones con Mn. Queralt

¿Seguro que no se ha escrito nada antes que ahora de la montañita que está detrás de los dos frontones del patio principal? Aquella pequeña protuberancia que estuvo pegada por el lado derecho del edificio principal, con el tiempo y las sucesivas ocupaciones, fue reduciéndose hasta dejar espacio para añadir al patio las dos canchas que tanto aprecia Justo.

Lo que sí se ha contado es que los menores suelen subirse al cogollo donde quedan algunos arbustos, y edifican altarcitos donde se ensayan a decir misas. Otros habitantes habituales de la tranquila peña eran unos *ratolines* minúsculos que, acostumbrados a los niños que nada les hacen, roen los piñones y horadaban la quebradiza roca en innumerables galerías.

Tampoco pensó Justo en hacer daño al pequeño roedor que atrapó una mañana. Era tan pequeñín que lo mete en la caja de la goma de borrar y se lo mete en el bolsillo, con la intención de soltarlo en clase de Francés. Recuerda el día que en dicha clase, el Dr. Altés dando su lección y Justo con un zapato en la mano que se acerca al extrañado profesor, pero no para tirárselo a él, sino a un ratón que se está paseando entre sus pies. La sorpresa fue mayúscula para el buen Rector que se sacudía la sotana y daba saltos con la consiguiente risa de los alumnos. Aquella vez también el ratón se escapó.

Los asiduos lectores de estas crónicas ya se habrán dado cuenta que entre Mn. Queralt y Justo quedan pocos átomos ganchudos. A pesar de los intentos de acercamiento del chico, Mn. Queralt no puede sufrirlo. Verdad es que le ha hecho varias trastadas: eso y otros tantos malentendidos los han distanciado.

Sin embargo, es de esa manera desafortunada como intenta Justo atraer la atención del clérigo. Como aquel día que les leía un artículo de un libro de Azorín y sonó la campana de fin de clase. El lamento de contrariedad de la mayoría de los alumnos no ahogó el grito de Justo:

– *Tenemos recreo* – dice, deseando que el Mossén continúe con aquella prosa que tanto aprecia.

– ¡*Tenemos sinvergüenza!* ¡*Tú!* ¿*Tienes vergüenza?*

Le respinga Mn. Queralt, glosando su queja, siempre, por el peor de los sentidos.

Como las clases de piano que ha solicitado Justo y que retrasa el profesor Queralt *ad calendas*³ hasta que intervino D. Pedro a favor del olvidado postulante. Y otros más desplantes que Justo, “écorché viv”,⁴ intenta olvidar sin que antes no le vengan al peto otros desprecios. Quizás exagera Justo, siempre perdido en su mundo de contradicciones... Acaso el sacerdote resentido no entienda o no quiera entender sus ansias de amistad.

Es costumbre entre los alumnos, de dejar los libros y objetos que llevan al salir de las clases en los bancos de mosaicos que hay en la entrada, para salir a jugar. A menudo se les olvidan lápices en los bolsillos de los guardapolvos, o los relojes de pulsera, que dan a uno de los maestros que los vigilan durante el recreo.

¡También es mala suerte que precisamente ese día Mn. Queralt estuviese en el recreo, delante de la puerta de la conserjería hablando con el Señor Ventura! Más fuerte que los propósitos de buena conducta de

(3) Calendas greegas: como si dijera nunca.

(4) Francés: despellejado vivo. Expresión que insinúa que una persona está escarmentada de todos y de todo.

Justo, es la tentación de darle al Mossén la cajita como si fuese otro objeto de los que habitualmente se le confían hasta el final del recreo.

– ¡*Guárdeme eso, Mosén!* Le dice mientras veloz pasa a su lado como si viniera de entre la turba de futbolistas. Mosén Queralt, que distraído escucha la verborrea del conserje, tiende la mano y se mete en el bolsillo de la sotana la cajita con el ratón dentro. Pero algo se está moviendo en su bolsillo que le intriga y vuelve a sacarla, la mira, ve cómo se mueve e imprudentemente la abre. ¡Horror! ¡Un bicho asoma su hocico por la rendija! Mn. Queralt la tira en un sobresalto que transmite al señor Ventura que da un salto hacia atrás.

– ¡*Bergant! ¡Pocavergonya! ¡Mal educat!*

Probablemente la vergüenza de verse sorprendido en actitud ridícula de miedo hacia un animalito tan insignificante le ha hecho perder la compostura y los estribos: sus gritos todos los que estaban en la plaza los han oído. Viendo a Justo huir del lugar de la fechoría, los de su clase, que le conocen, vienen a enterarse de lo ocurrido, acrecentando el enfado del sacerdote. Furibundo, Mn. Queralt, mira hacia el balcón desde donde el rector ha venido a enterarse de la trifulca. A pesar de los gestos que hace como queriendo tomar al Doctor Altés por testigo de su desventura, éste, ríe con los demás, aumentando el despecho del ofendido. Le consuela Mn. Francisco Xavier en francés probablemente para que no se enteren bien los alumnos y no incrementar el ridículo de la situación. (Finalmente, el rector no quiso castigar a Justo).

Tampoco pensó Justo que se organizaría semejante tumulto, ni que Mn. Queralt se molestaría tanto. Arrepentido por esta vez, va en busca del ofendido, le coge la mano para besársela pero más rápido éste, le tira de la oreja y le dice:

– *Váyase, mal sujeto, que no le quiero ver.*

– *Pero perdóneme, mosén. No he obrado con mala fe, ha sido solamente una broma, admito, algo pesada, Pero no iba dirigida a usted. La mala suerte ha sido que estuviese en mi camino.*

—*La mala suerte es que el mío (sic) se haya cruzado con el tuyo en este seminario. ¡Vete! ¡No me dirijas la palabra si no es por razones de estudios.*
Así estaban las cosas entre ellos, y así permanecieron.

Remotius ventus.⁵ “Les golfes”

Tantos fuimos ese año en el curso de ingreso, que hubo que dividir los alumnos en dos mitades de veintidós alumnos por clase. Luego el problema para nuestro querido Rector fue encontrar una segunda pieza en el ya repleto Seminario donde ubicar esos veintidós sujetos.⁶ Problema que se resuelve dando las clases de las diferentes asignaturas en horas sucesivas.

Entrando por la puerta principal, la conserjería se encontraba a la derecha y, siguiéndole claustro por ese lado, la primera puerta se comunicaba con un amplio aposento que se nos asignó como nuestra clase. En ella recibíamos y exponíamos las lecciones y en el mismo sitio después nos examinaron al final del curso.

En nuestro tiempo, el Seminario Menor se compone de la planta baja, con el claustro abierto, y dos pisos. En el primero, contrariamente al de la planta baja, el claustro está cerrado con grandes cristaleras. Es el lugar del edificio donde se hallan las dos capillas, el despacho y habitación del Rector, y diversas otras clases, amén del estudio de los de segundo y tercero: el “*Castellamentum*”,⁷ el botiquín y los aposentos del señor Obispo, que ocupa cuando viene a vernos. En el piso de arriba estaban los dormitorios en los sitios que los plafones tienen suficiente altura.

Quedan por mencionar “les golfes”: son zonas del mismo segundo piso, más bajas de techumbre, donde las vigas que sostienen las tejas están aparentes y forman el techo inferior en forma de barca invertida, como ciertas viviendas de las islas Canarias. Con el fin de acomodar todo este menudo mundo, no le queda mas remedio al Dr. Altés que

(5) Vientos alejados.

(6) En el sentido del contexto; pues en sentido figurado no había quién les sujetase.

(7) Latín: especie de butifarra. Local que sería la futura redacción del periódico de los de tercero.



*Tres seminaristes disfressats de mosqueters en una obra de teatre:
Justo, López i Ramon González. (Col·lecció Justo Hernández)*

arrebañar los fondos de su lamida alcancía, de donde intenta sacar más que le meten.

No hay constancia de cómo pudo contratar con tan escasos fondos un equipo de albañiles que emprenden la rehabilitación de “les golfes” con la mayor celeridad, dadas las circunstancias. Estos casi invisibles “*faberes*” en un tiempo récord, rascan la cal de los muros, quitan los cementos adheridos a las vigas, las tintan, rejuntan lo baldosas de cerámica de los suelos, llevan luz eléctrica e incluso un telefonillo interior como los que ya hay en las otras clases y estudios. En pocos días, las antiguas zahúrdas, patinadas por más de un siglo de abandono, se transforman en unos muy adecuados estudios. Verdad es que en los laterales hubieron de poner a

los más bajitos por evitar que los más espigados al levantarse, pasaran la cabeza a través del enyesado y tiraran abajo las tejas.

Los sacerdotes profesores que con su sola presencia procuran quietud y calma a aquella *turba turbatorum*, toman por costumbre de ir y venir por el pasillo central. Y como en este primer curso hay más grandes turbulentos que pequeños, se los instalan a mano en los primeros pupitres de cada hilada, historia de poder distribuirle alguna que otra “clatellada”.⁸ ¿Es necesario precisar que a Justo lo pusieron en uno de estos sitios preferenciales?

A los alumnos les divertía “la mar” subir al tercer piso y estudiar en aquellos cuchitriles tan bajitos, tan bajitos que se pueden tocar las vigas del techo. Particularmente a Justo le recuerdan los desvanes y graneros de la casa de su abuela Juana y de las otras casas donde vivió con sus padres. En uno de ellos, solía subir Justo a repasar los deberes y de paso a comerse algún queso de los que su madre ponía a secar. Se disculpa por la poca edad que en aquella época tenía, que en vez de comerse limpiamente un queso, mordiera varios, para poder acusar de su fechoría a supuestos ratones.

Justo está encantado con haber sido asignado a estudio en aquellas “golfes”. Otro cantar es cuando empiezan los calores de junio: aquel lugar que invita al recogimiento y las siestas, se transforma en un *caldariium* donde se hubiera podido emparrillar a san Lorenzo. Los párvulos se amodorran y cabecean, incapaces de almacenar mínimos conocimientos. Pero que nadie “s’amoïni”: Don Pedro los espabila mediante la “chasca”. Fue un invento vasco, que se trajo de Bilbao en una de sus visitas a la familia: consiste en una especie de sonajero o maraca hueca, con una hendidura en un lado donde se introduce un palillo fuertemente enroscado en una cuerda que le sirve de resorte.

Esta lengüeta se acciona con el dedo, produciendo un chasquido seco –de ahí su nombre– que previene de la inminente llegada del artulugio.

(8) Cat: pescozón

(9) Cat: amohinar = Preocuparse, inquietarse.

El ruido que hace es seco y agresivo. Si el delincuente no remite, el artefacto se dispara de la mano de D. Pedro que con gran destreza casi siempre acierta. Bueno: acierta la primera y única vez que se lo lanza a Salvat por “xerraire”.

A partir de ese primer lanzamiento, una muy apreciable calma se instala en “les golfes” donde, en las imaginarias¹⁰ de D. Pedro, se pueden oír recrujir las vigas en permanente dilatación. Sólo algún que otro coscorrón es distribuido por D. Pedro a los que se duermen.

Es este silencioso sosiego que traiciona a Justo, que anda en guerra abierta contra la doble ración de alubias del menú, de las cuales ha abusado, valiéndose del sobrealimento que el Dr. Modrego ha dispuesto que le den: la espuma y los gases de la pesada digestión suben camino del esófago y le sorprenden. Piensa Justo (o ni lo piensa) que es un pequeño eructo del que va a poder deshacerse sin que le oigan y no se retiene lo suficiente expulsando una estertórea flatulencia a la que sigue *ipso facto* un chascazo cocotero administrado por D. Pedro. El ruido provocado por Justo es estruendoso y la carcajada de los párvulos unánime.

Pero no acaba ahí el disturbio: el amigo Morán, que ha igualado si no ha superado la gula “mongetera”¹¹ del atrito Justo, aprovecha el barullo para desinflar su vientre del terrible fuego de san Telmo que le impele el atracón. ¡No hubo suerte! En el instante en que Morán suelta el toro, las risas han cesado. El ruido es apocalíptico. La chasca sanciona de nuevo. Y para evitar peores males, Josep es expulsado de la asamblea por ruidos intempestivos.

El castigo es recibido con agradecimiento por el amigo Morán que ya no puede más de aguantarse. Desde el rellano de la escalera se le podía oír cómo seguía soltando los siguientes toros de la lidia del día : *No ho vaig fer exprés... Ni aquest tampoc...*

Enterado de lo que habíamos comido ese día, D. Pedro nos liberó de aquel cajón hermético y terminó por reír con nosotros.

(10) Vigilancia que unos soldados hacen mientras los otros duermen.

(11) En catalán mongetes = alubias.

A Justo, el olor de una goma de borrar, la mina de un lápiz o el peculiar tufillo de la tinta en los tinteros de plomo le recuerdan indefectiblemente el desván del Seminario Menor.

Reuniones de los mosenes

En el salón de reuniones, los siete profesores y el Doctor Altés, discuten una vez por mes, los casos, problemas y diversos acontecimientos de la vida de los habitantes del Seminario Menor. Ningún alumno, ni, incluso los de terminal, está autorizado a venir e interrumpir tales reuniones. Nunca se ha filtrado nada de lo que tratan. Ningún *“compte rendu”*²¹² llega a los alumnos. Se sabe que se habla también referente a nuestros comportamientos, pero nada más.

Por Soler –que a veces les lleva alguna bebida ¡Anís para D. Francisco Javier! ¡Orujo en chatitos para D. Pedro!– se sabe que los “mosenes” no se privan de tomar licores y alcoholes y de fumar como carreteros. Cosas que no suelen hacer en público, a la excepción de D. Pedro que fuma en el recreo y de Mossén Casas que, parece ser por su avanzada edad, tiene dispensa y puede fumar en clase, de lo que no se priva.

Ya tenemos enfermero

En la Conrería acaba de entrar en funciones un hombre de limpieza, que se va a encargar de limpiar los dormitorios y aseos, y que además, será el enfermero. Este señor, en dos días, cura a varios dolientes, siempre con el mismo remedio: cataplasmas de mostaza en el pecho y aspirina para cualquier síntoma doloroso.

–*A veure, a veure* –le espeta diligente al agónico, al tiempo que se arremanga el delantal del otro oficio.

–*Miri: en tinc dolor de cap sobre l’ull i...*

–*¡Això no és res de res! Una aspirina i vas que xutes.*

–*Jo, en tinc nàusees i...*

(12) Explicación. O extracto de lo tratado en esas reuniones.

– *Aspirina i cataplasmes de mostassa.*
– *I a on me posarà la cataplasma?*
– *Tu no t'amoïnis. Tu no t'amoïnis, que això l'arreglo jo en un res de temps.*

Las cataplasmas se las prepara el Onofre y por lo visto en el botiquín sólo hay aspirinas. Los seminaristas, cansados de tanta aspirina y de cataplasmas para nada, del adelantado caduceo, vienen a la redacción para someter una virulenta queja a publicación. Justo, que anda un poco escaso de temas para publicar, le saca una poesía, y sin pedir parecer al rector, la publica en la cartelera: Ya tenemos enfermero.

Excursión a los Castanyers. Coplas sobre los maestros

Íbamos de paseo a la Font dels Castanyers, que está a un rato largo de aquí, pero no lo sabíamos, porque nadie sabe adónde va, cuando salimos de paseo con Mn. Casas. Esta peripecia origina los primeros versos:

*Ya vamos de paseo.
Arregladito estás:
Mosén Casas no para,
Hasta la eternidad.*

Suerte tuvimos, que Mn. Casas, debía llevar el cilicio muy apretado y cojeaba de la pierna izquierda. Si no, cualquiera sabe hasta que remoto confín nos hubiese llevado. Llegamos pues a la “*Font dels Castanyers*” y el Mosén se paró. Nosotros, como no sabíamos qué hacer, se nos ocurre innovar de cacaotes subidos en un alcornoque. Cada cual se inventa un lorido o un cacatoído, según su talante, idioma de los loros y cacaotes, por aquello de pasar el rato, y por lo otro del ¿poeta? “Algún escritorcillo petulante, se inventará un idioma según su talante.”

–*A vuestra edad*–amonesta el mosén–, *eso es hacer el ridículo. Os pongo cero de imaginación.*

–*¿Qué asignatura es ésa, Mosén?*

– *La de las malas notas.*

–*¡Ah! Debe ser la Urbanidad. A todos nos ha puesto usted cinco: ¿No le parece que alguno se merecía por lo menos cinco y medio?*

Esto originó la siguiente estrofa:

*Justo: Ya me dieron las notas.
¡Jesús, cuanta emoción!*

Todos: Queremos escucharlas.

Justo: Pues prestad atención:

Coco de matemáticas.

Cero de religión.

Bombo de castellano,

Cinco de aplicación...

Apurada la materia de las notas, atacamos la de los suspensos. Mn. Melús, famoso por su estrechez en el reglamento y su prurito de puntualidad que adoptó de una estancia con los alemanes, fue nuestro primer objetivo:

*Ya suena la campana,
Es la voz celestial,
Mosén Melús se enfada,
¡Mira que lo hacéis mal!*

El último verso es de su propia cosecha. Este verso proporciona gran algaraza, sobre todo por parte de los de la segunda sección que son los más mortificados. Manía suya es también que al toque de aviso –cinco minutos antes de cada acto, *Lección, estudio et coetera*– todos debíamos estar ya fuera del dormitorio, la clase, el estudio. Así, antes de que tocaran el segundo toque, nos apagaba las luces, teniéndonos que vestir a oscuras, recoger los libros en las tinieblas, saltar los bancos de las clases a ciegas, remojar el último cuscurro de pan en la salsa a tientas en el comedor. De aquí, la siguiente estrofa:



Justo Hernández i tres companys més amb la bata d'estudi que portaven els alumnes de La Conreria a primers dels anys 50. Hi apareixen: Joan Guiteras, López, Justo Hernández i Antoni Bundó. (Col·lecció Justo Hernández)

*Ya suena la campana,
Llamando a la oración,
Mn. Melús apaga,
¡La luz de sopetón!*

Y su variante para el refectorio:

*¡Atentos! ¡La campana!
Apura tu ración,
No dejes ni una haba,
Que el mosén nos apaga,
La luz de sopetón.*

Lanzados pues, buscamos los “defectillos” de cada superior. Y sin concertarnos, en menos de un segundo, todos nos sentamos y nos quedamos como la estatua del Penseroso. Inútil decir el sofocón que

se llevó D. Justo, que nos castigó a todos a una hora más de estudio. En el siguiente paseo, le cantamos:

*D. Justo dice ¡Quietos!
D. Justo dice: ¡Alzaos!
¡Ni sentados ni en pie,
Nunca me lo hacéis bien!
Comenzad otra vez,
Que me tenéis cansao”*

*Don Justo corretea,
Por nuestro dormitorio
Pregunta ¿Quién ha sido?
¿Quién ha hecho ese ruido?
Está con nuestro grupo,
Peor que en purgatorio.*

Pero D. Justo tenía un pronto y enseguida se le pasa: un día nos cuenta que cuando fue a su pueblo —era baturro— los amigos le cantaron una jota que decía así:

*Mosén Justo que es baturro,
Cuando a Zaragoza va,
Le dicen que se parece,
A la Virgen del Pilar.*

Y de explicarnos que, como era sacerdote, el parecido que le encontraban era por la cuestión religiosa. Pero se le notaba que le halagaba, la comparación, nada más que por los colores que le suben a las mejillas.

Le toca el turno al Doctor Altés:

*Desde Córdoba a Almería,
Han hecho una gran pared.
¿Para qué? No lo sabía,
El sabio doctor Altés.*

*Al Doctor todo le gusta:
Los pájaros, los ratones...
Pero hay que ver cómo salta,
Si entra uno en sus faldones.*

Alguien se acordó de Mn. Casañas, y le compusimos la siguiente estrofa:

*En los márgenes hay cañas,
Por las vías iba un tren,
En el estribo Casañas,
¡Perdón! No puse “el Mosén”*

Viene Mn. Fábregas:

*En los vestigios iberos,
Buscamos con gran pasión.
Mas sólo nos encontramos
Tiestos rotos y carbón.
Mosén Fábregas escarba,
Por si encuentra un cenicero,
O un tiesto que esté entero...
Está perdiendo su calma,
Y, como que el tiempo es oro,
También pierde su dinero.*

Nadie compone para contar algo de Mn. Queralt. Así que, aunque temeroso por si llegara a los oídos del “*prevere, s’arrisca*” Justo:

*Mosén Queralt es el cura,
Que enseña Literatura,
Dice que darnos lecciones
No es ninguna sinicura,
Porque somos tolondrones.*

*Él que lleva por boato
Siete cruces, cien rosarios,
Alba blanca como el lampo,
Y unos muy gruesos zapatos,
Resplandece cual sagrario,
El querido Mn. Campo.*

Otras muchas poesías, improntas hechas sobre la marcha, se desmoldaron en el cerebro del que esto escribe. De regreso del paseo, nos encontramos a D. Pedro abstraído en su libro de oraciones y sin pararnos cantamos:

*“Ya volvemos del paseo
Camino de los aseos:
Manos limpias, coge plato
Ya comer, que son tres días,
y la comida se enfría:
D. Pedro, no se entretenga,
Si desea comer, se venga*

*Por ahí por donde va,
No es el camino mejor,
Para ir al comedor
Pero D. Pedro ya está,
Por Mataró, o más allá
Y tan lejos ha llegado.*

Una visita a casa. Añora el Seminario

Justo está de vuelta; viene a pasar unos días en su casa, con sus padres. Necesita que le miren por rayos X. Necesita graduarse su astigmatismo que le produce dolor en el ojo derecho. Y tiene que ir a pedir ayuda al Padre Jiménez, para que pague los atrasos de pensión del Seminario que

*Él que lleva por boato
Siete cruces, cien rosarios,
Alba blanca como el lampo,
Y unos muy gruesos zapatos,
Resplandece cual sagrario,
El querido Mn. Campo.*

Otras muchas poesías, improntas hechas sobre la marcha, se desmoldaron en el cerebro del que esto escribe. De regreso del paseo, nos encontramos a D. Pedro abstraído en su libro de oraciones y sin pararnos cantamos:

*“Ya volvemos del paseo
Camino de los aseos:
Manos limpias, coge plato
Ya comer, que son tres días,
y la comida se enfría:
D. Pedro, no se entretenga,
Si desea comer, se venga*

*Por ahí por donde va,
No es el camino mejor,
Para ir al comedor
Pero D. Pedro ya está,
Por Mataró, o más allá
Y tan lejos ha llegado.*

Una visita a casa. Añora el Seminario

Justo está de vuelta; viene a pasar unos días en su casa, con sus padres. Necesita que le miren por rayos X. Necesita graduarse su astigmatismo que le produce dolor en el ojo derecho. Y tiene que ir a pedir ayuda al Padre Jiménez, para que pague los atrasos de pensión del Seminario que

no es totalmente gratis. Otras cosas quiere también ver Justo, personales éstas. No sabe por qué, ha optado por hacer esta visita vestido con el traje clerical, y por el momento, se arrebujaba en su sotana, filoso, y mira por el cristal caer la lluvia. Se sabe el punto de mira de los pasajeros. Alguna mocita viaja con ellos y sisea al oído de la compañera, entre risitas de connivencia. Conocen a Justo fotógrafo, del baile, cuando ayuda a su padre. De cura le han visto pocas veces. Llama la atención un curita tan niño.

Justo se mira la negra vestimenta y rectifica el fajín azul, en honor de la virgen, pensando que con aquel ornamento, parece un monje benedictino más que un seminarista. Y eso que no se ha traído el sombrero de fieltro negro, con las borlas también azules. Hubiera sido el colmo del disfraz. Se avergüenza de sus pensamientos y de las miradas que suscita. Piensa que hubiera sido mejor pasar desapercibido. Y vuelve a arrepentirse de pensar así, como si fuera una deshonra ir vestido con sotana estandarte de su fe. Pero irresoluto, esperó a que todos los pasajeros bajaran para levantarse.

–*Término* –grita el conductor. Todo el mundo se apea.

El primer pie se le hunde a Justo, hasta los cordones, en el fango. Pero el primer paso es el que cuesta; pateando en el barro, con los faldones de la sotana cogidos a la altura de las rodillas, se adentra Justo entre las barracas, camino de su casa. La lluvia persistente le cala la espalda, los techos bajos de cartón cuero de las casitas escupen directamente los chorros sobre los hombros de los que se atreven a circular por aquel inextricable laberinto.

Justo sube la cuesta del “fielato” como llaman los de su casa al estrecho paso de las casas de Florentina y de Secundino, sujetándose al borde de la altísima acera para no resbalar. Los zapatos Segarra, que de por sí son pesados, ahora se han convertido en dos raquetas de trampero. Cuando levanta la aldaba de la puerta de su casa, está calado.

–*¡Ay! Justito. Pero si vienes empapado.*

–*Cómo que está lloviendo, mamá.*



Justo el mateix any que va deixar La Conreria. (Col·lecció Justo Hernández)

-¡Qué alegría! ¿Para cuántos días vienes?

-No por muchos, mamá. Tengo que ir a ver al padre Jiménez, por un enredo que ha habido en las cuentas. Resulta que no han pagado durante tres años (...)

Justo mira la aridez de su casa, su madre envuelta en harapos para atenuar el frío y la humedad, el agua que chorrea por las juntas de las tablas del techo. Justo se saca la sotana por la cabeza, abrochada hasta la cintura, y la deja en una silla. A pesar de que está empapada, le daba calor. Siente frío en las piernas pese a su pantalón de entretiempo y se arrima a la mesa camilla y se cubre con las haldas. Se sumerge en él mismo, se retrae del presente y vuelve mentalmente a la clase de tercero, donde veinticinco alumnos se dan mutuamente calor.

Vuelve machacón al estudio que este invierno ha estrenado calefacción de agua por radiadores, al dormitorio que está continuamente a 20 grados centígrados. La capilla que tiene una estufa de leña, y que se pone al rojo para cuando lleguen los alumnos a la primera misa. Losada, Muñarch, Abundo, Bou, Gálvez, Salvat, Llauradó, Castro, Ramón, Llorens, Torroja, Rovira, sus nombres resuenan en la mente de Justo. Ellos estarán ahora en el rosario vespertino: se habrán puesto sus sotanas, las albas, y calentitos en la capillita se adormecen entre avemaría y Santamaría, olvidándose de todo.

Él lo intenta también; pero el relente se le mete por el alzacuello de plástico, la humedad no quiere dejar sus ropas interiores y el pantalón de verano, que debajo de la sotana era suficiente, ahora sin ella, no le mantiene el calor propio. La ventanuca que su padre compró en Los Encantes de las casas baratas, y que su tío José el pequeño de los Pequeños puso a puñetazos, acumula suciedad y telarañas que los “visillos” que Fermina le instaló no tapan completamente. Los cristales no están bien ajustados y el aire hace bailar las cortinas. Dan al patio, que tan de reducido, sólo sirve de trastero y no deja ver al exterior...

El P. Jiménez rectifica el error de los tres años impagados:

“-Vete tranquilo, hijo. Esto no tiene por qué preocuparte. Los chicos de Acción Católica van a cotizarse, y abrir para cubrir esos gastos. Es lo menos que podemos hacer a la vista de estas estupendas notas que nos has traído.”

Justo agradece e inicia la retirada, sin atreverse a pedir lo que su madre le ha dicho para ropa. Los locales de Acción Católica están en la calle Aribau, la entrada es una puerta baja, un pasillo, con dos o tres escalones que acentúan la bajada. Luego una gran sala con billares, mesa de ping pong, otras mesas con juegos diversos. A la derecha, el despacho del ecónomo en el cual está la hucha “Para una vocación” de donde le dan esas ayudas. Al fondo, con ventanas de tragaluz, el despacho del jesuita Padre Jiménez. Justo sube los amplios escalones en dirección a la calle, cuando un joven catequista le alcanza:

—¿Tú eres el seminarista empollón?

—Yo soy. Pero si tengo algún talento, se lo debo al Señor: no es motu proprio.¹³

— El P. Ecónomo me ha dado esto para ti.

Trae en la mano un fajito de billetes de 100 pesetas. Justo acepta agradecido, aunque un poco avergonzado. Siente su miseria, aún mayor, entre aquellos jóvenes de familias acomodadas.

— Dale las gracias de mi parte y a ti te las doy yo.

— No tienes por qué dármelas. Todos hemos participado.

Justo se ha guardado el dinero en el bolsillo y ahora camina más animado, en dirección de las Ramblas. Le gusta andar por Barcelona, aunque siga llovisneando. En Colón cogerá el tranvía 48 e irá a despedirse de su madre. Las molestias en el corazón han desaparecido. No va a ir al dispensario del doctor Rivas a pasar por los rayos X. Ya no quiere tampoco que le miren su astigmatismo. Sólo desea volver al Seminario, junto a sus condiscípulos, a su mesa de estudio, a su cama detrás del armario, junto a Ramón que sueña de noche con su padre que murió en el mar. A su capilla caliente con faro de leña.

Se prepara la excursión de fin de curso. Afición por las armónicas

12 de junio. En el estudio. Ya tenemos autobús desde Blanes a Tossa. A Blanes iremos con el tren de cercanías desde la estación de Montgat. A medida que se va precisando el viaje de fin de curso, don Pedro nos destila la información con su peculiar modo: cuentagotas. Coste: 33 pesetas por cabeza. Nuestra cuota parte es de 15 pesetas; el resto lo regala el Seminario.

Yo estoy perfectamente preparado, gracias a Dios; ayer, en un envío extra, llegaron tres bolsas con mudas de ropa limpia, entre ellas la mía. Y dentro, además de un pijama nuevo, una bata que huele todavía a

(13) Por mérito propio.



*Grup de seminaristes tocant l'harmònica en el pati exterior de La Conreria:
Justo Hernández, Enric Romeu, X, Ramon Villarino, Albert Taulé (?) i el "campaner".
(Col·lecció Justo Hernández)*

almidón, de rayas gordas como me gustan, muda interior y un pantalón nuevo también –me irá bien con la sahariana para el viaje. En un bolsillo del pantalón 25 pesetas.

Por ahora *"Deo gratias"* tengo las necesidades cubiertas. Espero que en Tossa podamos entrar en alguna tienda: me compraré libretas con espirales y cubiertas espesas. Las que obtenemos aquí en el Seminario son de papel grisáceo y tienen las tapas de cartón rojizo sin satinado y se nos desmoronan.

Estoy en tratos con el campanero Carlos Soler. Tiene que sacar dinero de donde sea para pagarse sus estudios y sus artículos escolares, y con lo que le dan por cuidar el huerto de las monjitas, limpiar los patios y

ayudar al Onofre en el mantenimiento de la bomba de agua, no le llega. Yo sigo dando gracias a Quién se las debo, tengo mi hucha de A. C. en Barcelona y al P. Jiménez que “*providebit*”¹⁴. El presidente del centro de Acción Católica de la Santísima Trinidad entregó a mamá de parte de este santo jesuita 860 pesetas. Eso explica la ropa nueva y las 25 leandras de mis entretelas. Todo eso para decir que si puedo le compro a Soler una de las dos armónicas que vende: una es tan pequeñita que cabe en la boca. Pero tiene todas las notas en ex y aspiración. La otra es una Honner diatónica que suena como las flautas de los querubines.

El señor Onofre. Fin de curso

El Onofre. El hombre de todo quehacer del Seminario Menor espera en la verja a que los rezagados decidan irse. Con una mano en el cerrojo y otra sujetándose el gorro nuevo, va diciendo:

– *Deu vos guard canalla* (Dios os guarde niños). *Passi-ho bé, fins setembre* (Que lo pasen bien hasta septiembre).

Los seminaristas contestan en catalán: el Onofre no sabe hablar en castellano.

– *A reveure, en Onofre* (Hasta la vista Don Onofre).

– *El año que viene te quemaremos otra vez el sombrero.*

– *Ha que no, oi, que aquest és molt maco.* (No, eh, que este es muy bonito).

Los seminaristas, al final de cada curso, en una velada de despido, se interesan por el sombrero del Onofre: le quitan el mugriento que lleva encasquetado todo el año, y después de mucho correr, lo tiran a la hoguera. El bueno de Onofre, hace ver que se enfada, corre detrás del sombrero que pasa de mano en mano y vuela por todo el patio, grita, gesticula y se ríe de gozo cuando el Rector le regala uno nuevo. Pero ahora que tiene el nuevo tan clavado como el anterior, por si acaso, se

(14) Que me proporciona, me provee.

lo sujeta con la otra mano, no sea que les dé a los chicos por volvérselo a quemar.

Los portalones de hierro de la plaza –campo de fútbol– del Seminario Menor de Nuestra Señora de Montealegre se cierran con gran estrépito de cerrojos y candados. Solamente deja el conserje una puerta baja, abierta, para el uso de los curas que se quedan durante las vacaciones. Las puertas de la conserjería chirrían y se cierran a su vez. *¡Adiós Seminario! ¡Adiós Virgen de Montealegre! Adéu rosa d’abril / Adéu rosa encarnada. Sons fils del teu roser / feu que en el món / hi restem bons.*

Cuando se pierde de vista La Conreria, cambian los cánticos: van ahora dirigidos a la Moreneta, la virgen de Montserrat: *«Mare de Deu, morena de la serra. De Montserrat al cel. Il·lumineu la catalana terra, guieu-nos cap al cel, guieu-nos cap al cel.»*

(CONTINUARÀ)

Notes de la redacció

Els superiors i professors que s’esmenten en aquests paràgrafs són:

-**El Rector:** Mn. Francesc Xavier Altès Escribà, rector de 1950 a 1957. L’autor el menciona a vegades també com el Doctor, el Doctor Altès o D. Francisco Javier.

-**Mn. Campo:** Mn. Josep Campo Lleó, 1944-1956, 1961-1967.

-**Don Pedro:** Mn. Pedro González Candanedo, 1950-1955.

-**Mn. Melús:** Mn. Justo López Melús, 1952-1961.

-**Mn. Casas:** Mn. Joan Casas Rafart, 1951-1967.

-**Mn. Casañas:** Mn. Felip Casañas Guri, 1950-1958, 1964-1971.

-**Mn. Fàbregas:** Mn. Jaume Fàbregas Baqué, 1949-1958, 1967-1985?

-**Don Justo:** veure Mn. Melús.

-**Mn. Queralt:** Mn. Francesc Queralt Armengol, 1950-1956.

-**La muntanyeta:** avui ja no existeix; era un turonet que es trobava al pati avui anomenat “de Pins”, a la banda de l’edifici vell que mira a Sant Fost; aquest turonet fou aplanat i rebaixat el 1962.

Reproduïm també pel seu interès un correu enviat recentment per l'autor d'aquestes memòries i que parla del seus superiors i professors a la Conreria:

“Mientras estuve en el Seminario Menor el rector fue el Doctor Altés, que siempre creí que era francés por lo bien que pronunciaba esta lengua. Siempre lo llamábamos Doctor.

A Mn. Pedro – al que dedico la introducción de las páginas que mandé, no le llamábamos mosén, sino Don Pedro. El, entre otras cosas, fue profesor de Literatura y me animaba mucho a que escribiera. Le gustaban mucho mis poesías. Creo que se marchó al Seminario Mayor.

Yo cambiaba frecuentemente de director espiritual. Como Mn. Campo parecía tenerme un poco de afección, estuve con él y cuando vino Mn. García Die, abandoné a su suerte a Mn. Campo y me pasé al que sería después rector.

A Mn. Justo –mi tocayo– unas veces le llamábamos Mn. Justo y otras Mn. Melús. Era baturrico y nos contaba cómo lo recibían en su pueblo cuando iba a ver a sus padres. Una vez nos cantó una jota que le cantaron a él: “Justo tiene un parecido, que tengo que señalar, yo diría que se parece a la Virgen del Pilar”. Y luego ruborizándose como un mozo nos explica que el parecido era por ser él cura. A Mn. Melús le quise mucho, a pesar de las innumerables rabetas que le hice pasar.

Hay dos Queralt (en la lista de los superiores). Yo creo que fue Queralt Armengol mi martirizador. Bueno, ni yo le caía en gracia a él, ni él a mí. Mn. Bofarull, Campo, Casañas, Casas (profesor de Física) y Fábregas eran nuestros profesores.

Justo Hernández, Lyon, 21-9-2008”